

HOOKWAY, Chr., *Peirce*: Routledge & Paul, London, 1985.

La obra de Charles Sanders Peirce (1839-1914) constituye una de las vías más singulares y menos transitadas para adentrarse por algunos de los problemas más característicos de la filosofía contemporánea. Su decisiva aportación al desarrollo de los criterios de determinación del significado, su reconstrucción en términos semióticos del concepto clásico de representación, sus ideas sobre la naturaleza y progreso del conocimiento científico, sus investigaciones matemáticas y lógicas o su peculiar concepción de la fenomenología hacen de él un clásico al que se necesita conocer más y mejor. Una personal combinación de análisis minuciosos sobre el significado y las clasificaciones de signos, junto a su predisposición a la metafísica especulativa a la manera de los grandes idealistas alemanes, contribuyen a hacer de Peirce una figura única y a que distintas perspectivas filosóficas se interesen por su obra.

La vasta producción del filósofo norteamericano constituye un laberinto que hay que recorrer con cautela, especialmente si se intentan discernir las líneas maestras de su desarrollo y unidad, líneas que quizá escaparon a algunas lecturas un poco precipitadas que sólo alcanzaron a ver en él una temprana formulación de los criterios verificacionistas del significado. Surgidas, sobre todo, a propósito de la publicación allá por los años treinta de la primera selección temática de sus escritos que los editores bautizaron como *Collected Papers*, las lecturas de Peirce se presentaban en primera instancia, y no pudo ser de otra manera, como exposiciones un tanto descriptivas que intentaban organizar los innumerables temas dispersos en los manuscritos del autor. El sólo hecho de precisar el uso continuado o las variaciones de algunos términos clave constituyó (y en ciertos puntos aún constituye) un trabajo imprescindible, anterior a cualquier aproximación más crítica. Ahora, el progreso que se va consiguiendo en la ordenación de algunos conceptos permite realizar visiones más comprensivas y, por tanto, más críticas, a lo que también contribuyeron ciertos análisis (como aquel tan comprometido de Murphey) que han abordado los materiales intentando que la organización temporal revele un orden en la evolución de su siempre perseguido sistema. La reciente publicación (entre 1982 y 1990) de los cuatro primeros de más de una veintena de volúmenes de la edición cronológica de los manuscritos va proporcionando también los medios necesarios para recomponer piezas esenciales del sistema, aunque haya que recordar siempre que la abrupta biografía personal e intelectual de Peirce no contribuyen a esclarecer las bases del sistema que buscó toda su vida, introduciendo muchas veces accidentes y complicadas superposiciones de los conceptos en una búsqueda casi obsesiva de la terminología apropiada.

Entre los cada día más numerosos trabajos, el que aquí reseñamos es especialmente consciente de la actualidad de Peirce pese a que su tratamiento sea fundamentalmente exegético. El libro adopta un modo de exposición en el que se destacan tanto las variaciones más claras que Peirce imprimió a su obra, como una descripción detallada y sistematizadora de los elementos más constantes y característicos de su pensamiento. En líneas generales, toda la primera parte y especialmente los tres primeros capítulos reconstruyen algunas de las etapas más necesarias de distinguir y también más discernibles. El primer capítulo, la del Peirce temprano y transparente de los años sesenta. Una etapa caracterizada por el establecimiento de algunas constantes pero sobre todo por las famosas críticas al cartesianismo, y por la caracterización de la subjetividad como unidad de con-

sistencia en la acción de un agente que sigue reglas comunitarias. Más interesante en cuanto a la evolución de Peirce son los capítulos segundo y tercero, sobre todo los análisis de sus ideas acerca de los fundamentos de la verdad específicamente en dos periodos: a finales de los setenta y alrededor de 1900, cuando desarrolla las importantes ideas sobre la fundamentación de la lógica en la ética y la estética. El capítulo tercero redondea ese tema al abordar el concepto de fenomenología como teoría descriptiva de las tres categorías que Peirce trabajó desde muy temprana fecha y siguió precisando a lo largo de toda su vida. El cuarto capítulo constituye una acertada exposición de algunos de los tópicos de la semiótica general, donde Hookway acierta a no enrarecer y saturar la exposición con las interminables taxonomías de Peirce sino a dar cuenta de los elementos de la relación primitiva de significación o *semiosis* y a aclarar el concepto importantísimo de *interpretante*. Merece señalarse también el acierto de Hookway al incorporar un breve pero oportuno análisis del tardío y no suficientemente recordado concepto del acto de aserción (operación sobre un contenido proposicional) y sobre todo por relacionar el concepto de interpretación con el de condiciones de asertabilidad de una proposición, un tema central que ayuda a aclarar la a veces mal entendida concepción pragmatista del significado. Sí hay que decir que Hookway expone el tema de las proposiciones presentando menos dificultades de las que encierra el concepto en Peirce; sin embargo, y puesto que en ese contexto nos interesa reconocer a una proposición como el objeto de diferentes actos lingüísticos o actitudes epistémicas, Hookway es oportuno al centrarse en aquellos textos, acaso los más coherentes, en los que Peirce entiende la proposición como el contenido de estos actos. La segunda parte del libro se enfrenta a la idea que tenía Peirce de la percepción (y sobre todo al tema de la presencia de elementos generales en los juicios perceptivos, esto es, principios de configuración que interpretan los propios datos perceptuales), a los argumentos sobre la naturaleza del razonamiento matemático y lógico y sobre todo a sus ideas sobre la ciencia, donde Hookway contribuye a poner en evidencia la relación de sus conceptos de abducción o probabilidad o la propia máxima pragmatista, con los debatidos temas de la decisión de teorías que ocuparon y ocupan a la filosofía de la ciencia.

Pese a que el propio Hookway considere su obra más exegética que muchos otros trabajos, ceñida a un análisis que busca facilitar la comprensión del pensamiento de Peirce, su seguimiento es más crítico de lo que pudiera parecer: proporcionar sugestivos ejemplos al hilo de las interpretaciones, desarrollar oportunas comparaciones con la filosofía de la lógica y del lenguaje coetánea y posterior (por ejemplo entre sus conceptos lógicos de predicación o cuantificación y los de Frege), dilucidar críticamente su herencia kantiana y esa particular conciliación de la filosofía trascendental con el naturalismo, todo ello, confiere al trabajo de Hookway un talante crítico que se manifiesta sobre todo en su planteamiento de los aspectos metafísicos y especulativos del sistema de Peirce. Las dudas del autor respecto a la viabilidad de una metafísica descriptiva o fenomenológica que proporcione, al modo de una filosofía primera, las categorías universales que fundamenten los fines últimos de las ciencias especiales, indican en qué sentido Hookway se mostraría más escéptico con el proyecto peirceano. La perspectiva de Hookway parece mostrar más diferencias en este punto: por un lado, el intento de Peirce de reconciliar la objetividad de la lógica con el naturalismo basándola en fines regulativos, le parece a Hookway un proyecto común a parte de la filosofía contemporánea, que se ha desarrollado de varias maneras. En cambio, la fundamentación a priori que proporciona la metafísica descriptiva de las tres categorías universales, se le antoja

como un proyecto del pasado. La distinción del autor entre un pragmatismo como el de Peirce y otro más radical (o, como lo llama Hookway, «pluralista») donde el consenso y la determinación de la verdad se producen más bien a partir de los resultados prácticos en que los distintos proyectos de investigación científica pueden confluír, podría haber merecido un desarrollo mayor por parte de Hookway. Parece ser que la posibilidad de un pragmatismo sin metafísica volvería cuestionable el proyecto general con que Peirce rodeó sus asunciones científicas: «no estoy negando que hay una unidad sistemática en los escritos de Peirce. No encuentro inconsistencia entre su metafísica y el principio pragmatista, y no me es difícil conciliar su obra en el campo de las ciencias normativas con sus escritos sobre signos, inducción y lógica deductiva. Más bien, no puedo aceptar su argumento de que los resultados que extrae de la ética y otras ciencias normativas sean los correctos; no puedo estar de acuerdo en que hable con una voz universal... El propósito de que la lógica se fundamente en la ética y la estética parece más bien impulsar el tipo de pragmatismo pluralista que he descrito». Puesto que la justa puntualización de estas diferencias excedería el marco de la introducción de Hookway al pensamiento de Peirce, es suficiente, como hace el autor, llamar la atención sobre aquellos puntos en los que la reconstrucción de la filosofía peirceana incumbe más a los debates actuales sobre pragmatismo y trascendentalismo. Por encima de las diferencias o dudas que Hookway tenga con la metafísica de Peirce, es digno de señalar que la presentación que hace de su pensamiento es absolutamente minuciosa, rica y fiel a todas sus facetas. Su trabajo es ejemplar y sin duda constituye una de las más ordenadas y comprensivas guías para zambullirse en la lectura del propio Peirce.

Ramón DEL CASTILLO SANTOS

LYOTARD, J. F.: *Linhumain. Causeries sur le temps*. Galilée, París, 1988, 219 págs.

«Ser apto para acoger lo que el pensamiento no está preparado para pensar, es éso lo que conviene llamar pensar» (p. 85). Así, de esta manera paradójica, define Lyotard lo que es, a su juicio, pensar. Algo sucede, algo se me da que todavía no sé lo que es, algo cuya determinación es, por el momento, imposible. Este ocurrir algo indeterminado es el acontecimiento. La tarea del pensar es recibir y dar testimonio de ese algo que, sin embargo, no puede ser pensado aún en su *quididad*. «Pensar es cuestionar. Ahora bien, cuestionar requiere que suceda alguna cosa cuya razón todavía no es conocida. Cuando se piensa, se acepta la ocurrencia (lo que ocurre) por lo que es: "todavía no" determinado. No se prejuzga acerca de ello, no se le asegura uno. Se peregrina en el desierto» (Ibid.). Si todavía no ha llegado el momento de despedir al pensamiento en beneficio del mero calcular, anticipar, asegurar y planificar, entonces es que, oscuramente, al menos, se siente que hay algo, algo se da o acontece cuya determinación o *quididad* se nos escapa; pero que, sin embargo, está ahí, se anuncia en su indeterminación. Eso que ocurre y que despierta al pensamiento de su letargo pavorosamente activo y planificador, determi-